

## *Los viajeros italianos en la Argentina*<sup>1</sup>

Vanni Blengino

---

### ABSTRACT

---

This paper proposes an analysis of a *corpus* of texts from Italian travelers in Argentina during the late nineteenth and early twentieth centuries. Compared with other European travelers texts (French, English), which shows an already developed sentiment of national community, the case of Italians is paradoxical: they belong to one of the youngest nations which, at the same time, is considered the richest in history and traditions among all other European countries.

**Keywords:** Argentina, travel literature, Italian travelers, XIX century, XX century.

El presente ensayo propone un análisis de un *corpus* de textos de viajeros italianos en la Argentina de finales del siglo XIX y principios del XX. En comparación con otros viajeros europeos (franceses, ingleses) en cuya visión se percibe la presencia un 'nosotros' nacional ya desarrollado, en el caso de los italianos se evidencia una situación paradójica: pertenecen a una de las naciones más jóvenes que al mismo tiempo se considera como la más rica de historia entre todas las naciones europeas.

**Palabras claves:** Argentina, literatura de viaje, viajeros italianos, siglo XIX, siglo XX.

---

---

<sup>1</sup> El presente ensayo es un trabajo inédito de Vanni Blengino que ha llegado a nuestra redacción a través de Liliana Huberman. A modo de homenaje, se publica sin modificaciones con la certeza de que la falta de referencias de algunas citas no afectan la calidad del ensayo y el placer de la lectura.

## Un país demasiado viejo, una nación demasiado joven

Son numerosos los viajeros europeos que a partir del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX escriben sus impresiones acerca de la Argentina. Entre éstos, los más conocidos son los viajeros ingleses y franceses. Sus escritos exploran y revelan a sus lectores – siguiendo diversos objetivos – aspectos de la realidad de un país distante con el que existen, sin embargo, relaciones de distinto tipo, desde el comercio hasta la exploración científica.

A pesar de las diferentes personalidades, motivaciones e intereses, tanto a los viajeros ingleses como a los franceses se los percibe como “conjunto” nacional de escritores, es decir como portadores de un punto de vista nacional común: la presencia de un “nosotros” (tácito) francés o inglés organiza la escritura que explícita o implícitamente comporta una confrontación con el continente americano.

Alfred Ebélot, uno de los ingenieros responsables de la construcción de la zanja propuesta por el ministro Alsina, cuando describe su sorpresa ante el espectáculo que ofrecen los indios cabalgando a distancia con sus malones, no duda en pasar del “yo” al “nosotros”: “Un sentimiento muy particular es el que se apodera de un francés de nuestro siglo crítico, razonador y libremente pedante, cuando se halla en presencia de auténticos salvajes” (Ebélot, 1968, p. 25)<sup>2</sup>.

El “yo” inglés o francés presupone el “nosotros” en cuanto conjunto de categorías – políticas, culturales – consolidadas que cuenta con profundas raíces seculares. El “nosotros” privilegia obviamente al interlocutor nacional. El “vosotros” de España, o el “ustedes” usado en Latinoamérica, es un sujeto que está construyéndose y a su definición no es ajeno el escritor europeo que lo describe. No es casual, más bien es consecuencial, que se trate de Inglaterra y Francia, las naciones política y culturalmente hegemónicas en aquellos años.

Un caso especial es el de los escritores españoles que, por obvias razones de comunidad lingüística e histórica, mantienen un vínculo especial con los países hispano-americanos.

En cambio, los viajeros italianos que escriben sobre la Argentina a fines del siglo XIX y principios del siglo XX y que son tan numerosos como los otros viajeros europeos, no poseen una identidad nacional consolidada. Su situación es paradójica. Pertenecen a una de las naciones más jóvenes – medio siglo más joven que muchos países latinoamericanos y casi un siglo respecto a los Estados Unidos – que al mismo tiempo es la más rica de historia de todas las naciones europeas.

De hecho, Italia es el país que posee la mayor herencia cultural de Europa, el país que se enorgullece por sus raíces que se remontan a la República romana. Una serie de sentimientos contrastantes embarga a los protagonistas del Resurgimiento que luchan por la unidad política de la península. En la ideología del Resurgimiento comienza a afirmarse la convicción de una Italia que a partir del Renacimiento fue despojada de sus “supremacías” a favor de otras naciones europeas. Una convicción que tenía sólidos puntos de referencia en los ideales del Resurgimiento, a los cuales había contribuido Vincenzo Gioberti cuando en *Del primato civile e morale degli italiani* (1843) declaraba que

---

<sup>2</sup> Para la bibliografía sobre los viajeros ingleses véase: Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

Italia había dado a todas las naciones cultas de la edad moderna “los gérmenes de su civilización” y que a pesar de la decadencia posterior conservaba esos gérmenes “vivos e intactos”. Si éstas eran las premisas, la nueva nación que se asoma al concierto de las más evolucionadas naciones europeas carga con el lastre del atraso de gran parte del país, dando origen a sentimientos diferentes que van desde el deseo de ser reconocida por sus méritos al deseo de revancha respecto a países europeos modernos, más evolucionados que le niegan tales privilegios. Una nación, la más antigua y la más joven, por una parte “maestra de civilización” pero por otra, atrasada respecto a las naciones más modernas, una oscilación entre dos extremos que sólo puede crear descompensación. Gramsci acusa a la élite dirigente de un

[...] peculiar sectarismo que caracteriza a la mentalidad italiana y que se manifiesta en una cierta manía de persecución, en el creerse siempre juzgados mal y descontentos, en el creerse víctimas de conjuras internacionales, en el creer que se poseen derechos históricos particulares que han sido ignorados y pisoteados, etc. (Gramsci, 1959, p. 57, traducción nuestra).

El victimismo es la consecuencia de la falta de equilibrio entre lo que uno aspira a ser y lo que en realidad le es reconocido.

“Italia está hecha, hagamos los italianos” es el lema con el que Massimo d’Azeglio describe una situación y propone un programa. La eficacia del dicho reside no tanto en lo que dice sino en lo que da por descontado, sugiere o deja transparentar. De hecho a la unidad política lograda no se acompaña aún una unidad cultural y social. Tal vez el peor insulto a los ideales del Resurgimiento fue el que pronunció el estadista austriaco Metternich cuando definió a Italia “una expresión geográfica”. Se negaba así el derecho a ser una nación al país más antiguo de Europa.

Sin embargo, aun manteniendo las debidas distancias, la fórmula de d’Azeglio no ignora la definición de Metternich. En realidad, admite que Italia está hecha por una élite que se reconoce en cuanto tal pero a la que no le es ajena una sociedad fragmentada en varias regiones, con marcadas tradiciones locales y donde está presente en mayor o menor medida una comunidad (distintas comunidades) campesina – desde muchos puntos de vista – atávica. La eficacia del lema de d’Azeglio reside en el hecho de que no ignora el arduo camino que se debe emprender para colmar la divergencia de consenso entre una operación de elite aristocrática, burguesa y pequeño burguesa y la realidad popular de un país que cambia de región en región y que presenta áreas muy atrasadas respecto del resto de Europa: “Cavour nunca pensó que otras partes de Italia pudiesen ser tan diferentes de la región que se encuentra entre Vercelli y Chambery [...]”. Pero también los colaboradores del gran estadista piemontés estaban “totalmente absorbidos por el problema diplomático de realizarla (la unidad de Italia), y por el problema político de hacerla liberal y monárquica, nadie pensó concretamente en esta Italia que de todas maneras fue la que nació” (Insolera, 1973, p. 428, traducción nuestra).

Entre los muchos extranjeros (Goethe, Byron, Dumas, etc.) que escriben sus impresiones sobre el viaje a Italia en la primera mitad del siglo XIX siguiendo las huellas de los viajeros del siglo XVIII, se destacan algunos autores que provienen de territorios con nombres en aquel entonces exóticos. Entre estos, dos argentinos: Alberdi y Sarmiento. En particular este último que, en sus *Viajes*, dedica más páginas a Italia que a otros países europeos. Se ignora su

viaje a Italia (con excepción de algunos pocos hispano-americanistas) en la voluminosa bibliografía italiana sobre el tema. En el ámbito hispano-americano del viaje de Sarmiento a Italia, más allá del voyeurismo artístico, se pone especial énfasis en algunos argumentos: la visita al Papa, las impresiones sobre la mendicidad en Roma o en Nápoles y la barbarie en los alrededores de la Roma papal. Sin embargo, Sarmiento, precisamente por su condición de hispano-americano que no deja de confrontarse no sólo con el libro europeo sino también con la experiencia que hace de Europa, capta un aspecto de Italia que más que descuidado, fue ignorado por la crítica. En el viaje de Sarmiento, Italia como nación es una idea “libresca”. De hecho, él describe muchas Italias diferentes: Génova, la Roma del Papa y el estado pontificio, la Nápoles borbónica, y finalmente la Toscana, la llanura padana y la república de Venecia dominada por los austriacos. Encuentra en Italia una barbarie más bárbara que la de la pampa:

En Baccano nos indicaron que era el último punto desde donde se divisaba la cúpula de San Pedro, i todos los viajeros procuramos decirle adios en el momento en que se sumerjiera entre las ondulaciones de la tierra. La obra de Miguel Anjel ausente, diga Ud. que está en la Mitidja de Arjel, ménos su cintura de naranjales i de granados. Diga Ud. que está entre las mas agrestes soledades americanas, en medio de un pueblo semi-bárbaro, rodeado a veces de rebaños de búfalos más salvajes aun que los toros de la pampa (Sarmiento, 1993, p. 254).

Algunos días después, prosiguiendo su viaje, descubre en la llanura padana el futuro que desea para su país, la “pampa más civilización”:

La Italia es desde la Romania hasta la Lombardía un jardin delicioso. Los Apeninos van desapareciendo poco a poco, i dejando ver un pais inmenso, una llanura sin límites, sembrada de ciudades, de villas, i cubierta de árboles y de verdura. Es la pampa inmensa pero cultivada (*ivi*, p. 263)<sup>3</sup>.

Sarmiento, muy consciente de las rivalidades regionales, volverá a ocuparse de estas impresiones contrastantes en la polémica con la colectividad migratoria italiana.

La unidad de Italia tan deseada por Cavour, Garibaldi y Mazzini – y a partir de este objetivo prioritario el conflicto entre monarquía y república adquiere una importancia secundaria – sigue siendo la construcción de una élite. Sin embargo no es así. Y es precisamente el viajero italiano que visita América Latina quien se apresta a enfrentarse con la dificultad de borrar siglos de división cultural popular para poder realizar esta deseada unidad.

### Se “descubren” los italianos

A mediados del siglo XIX se difunde en Italia el movimiento pictórico de los *macchiaioli*. Entre sus artífices recordamos: Fattori, Borrani, Signorini, Pointeau, Cannicci. Si bien el centro de actividad de estos pintores es la Toscana, algunos de sus maestros son franceses, como Courbet, Manet y el joven Degas. De todos modos no se trata de un fenómeno regional, pues el

---

<sup>3</sup> Sobre el tema véase: Vanni Blengino, *Il viaggio di Sarmiento in Italia. Analogie, utopie, polemiche*, Roma, Edizioni Associate, 1996.

movimiento se propaga y a él adhieren pintores de diferentes procedencias peninsulares. Este movimiento fue considerado al principio como una variante menor del impresionismo. Actualmente se lo aprecia por su autonomía expresiva que ridiculiza, tal como ocurrió con otros movimientos innovadores, la despectiva definición acuñada por los pintores académicos de *macchiaioli*, de “*macchia*” (mancha), con la que habían sido tachados sus artistas (Bietoletti, 2001).

La modernidad de la técnica de los *macchiaioli* en continua experimentación de formas y colores privilegia temas campesinos y sujetos burgueses. Sin embargo, los retratos de la moderna cotidianeidad burguesa ostentan un dinamismo que contrasta con el estatismo del contexto. Los paisajes agrestes y los personajes populares, pescadores, pastores y campesinos, parecen inmunes a la modernidad que los rodea. Los pies descalzos, los brazos robustos de los campesinos, las aldeas inundadas de una luz maravillosa están tan lejos de las evocaciones bucólicas como de la denuncia social; a pesar de los cuerpos agotados por el trabajo, los músculos tensos y el barro que ensucia los pies desnudos, estos hombres constituyen una parte vital del paisaje. Los burgueses, en los retratos de los *macchiaioli*, comunican a su vez una tranquilizadora modernidad similar a la de otros burgueses franceses, ingleses o alemanes. Los burgueses podrían transitar de un cuadro a otro; el vestuario, las poses, las expresiones, los objetos que los rodean son intercambiables, pero no lo son los campesinos, los pastores, los pescadores, los personajes del pueblo que están ligados a la propia tierra, al propio mar, a los propios pastos: pescadores lígures, agricultores toscanos, vaqueros marismeños son parte integrante del propio *locus*, es imposible confundirlos o erradicarlos de su propio paisaje. Son elementos estáticos, atributos inconfundibles del paisaje peninsular. No se puede considerar la posibilidad de verlos a todos como un conjunto, lejos del propio contexto y del propio territorio, borrando las huellas de sus diferentes proveniencias regionales, mezclando sus dialectos, sus costumbres, en una metrópolis situada a más de diez mil kilómetros del pueblo o de la aldea donde han nacido. Sin embargo, son estos mismos campesinos quienes están por ponerse en movimiento borrando así los límites geográficos trazados por los *macchiaioli*. Millones están por emigrar, y el viajero italiano que pertenece a las clases más acomodadas los encontrará, lo quiera o no, en su itinerario americano, más allá del océano, en las nuevas metrópolis americanas, y en particular, en Buenos Aires.

Algunas ciudades italianas también están en plena transformación debido a las migraciones internas de los campesinos que se trasladan del campo a las ciudades más importantes pero que lo hacen en reducido número. En el libro *Corazón* de De Amicis, el maestro presenta a sus alumnos el pequeño calabrés, hijo de emigrantes en Turín, como una novedad y el niño recibe el abrazo simbólico de Derossi, el mejor estudiante de la clase mientras el maestro sella el encuentro diciendo que para que un niño calabrés pudiese estar en Turín como en su casa y para que un niño turinés pudiese estar en Reggio Calabria como si estuviese en Turín, Italia había luchado durante cincuenta años y treinta mil italianos habían muerto.

El espectáculo de la presencia interregional italiana que Buenos Aires ofrece al viajero es impresionante por su capilaridad, por la caótica mezcla de dialectos y por la cantidad de personas implicadas; parece minimizar el episodio de la escuela turinesa de *Corazón*. El observador argentino que asiste

con cierta aprensión al aluvión migratorio se turba ante la caótica promiscuidad de lenguas y acentos:

promiscuidad de tipos y promiscuidad de idiomas. Aquí los sonidos ásperos como escupitajos del alemán, mezclándose impiamente a las dulces notas de la lengua italiana; allí los acentos viriles del inglés haciendo dúo con los chisporroteos maliciosos de la terminología criolla, del otro lado las sonerías y suavidades del francés, respondiendo al ceceo susurrante de la rancia pronunciación española (Martel, 1946, p. 13).

Para el viajero italiano la primera sorpresa es asistir a la propia babel dialectal de la península. Ninguna ciudad en el mundo presenta tal variada presencia regional italiana, y ningún país europeo posee tal riqueza de inflexiones regionales italianas. Si bien al comienzo hubo una preeminencia de emigrantes del norte de Italia (lígures, piamonteses, vénetos y lombardos), pronto serán numerosos los italianos provenientes del centro y del sur y así quedará construido el cuadro completo de la presencia regional italiana<sup>4</sup>. Todos ellos se encuentran en Buenos Aires.

El viajero italiano de primera clase percibe con mucha inquietud la diversidad de estos emigrantes, para no decir el extrañamiento – a pesar de las diferentes reacciones – entre las regiones. El estupor se puede traducir en verdadero escándalo al descubrir la ignorancia lingüística de los emigrantes. Como afirma Giovanni Bevione: “Donde la lengua nacional agoniza miserablemente, triunfa el dialecto”<sup>5</sup>.

La mayoría de los emigrantes no habla el italiano y los dialectos son barreras que hacen difícil la comunicación entre ellos y aumenta el extrañamiento entre las regiones – en particular entre el norte y el sur – precisamente cuando se aprestan, según los otros, los países anfitriones, a ser “italianos” sin distinciones regionales. La pertenencia común les viene impuesta desde afuera mientras que desde adentro se descubren extraños entre ellos. Si bien las características regionales cubren aspectos culturales diferentes (vestuario, aspecto físico, actitudes, relaciones familiares, etc.) la imposibilidad de comunicar en la lengua nacional será uno de los principales factores negativos por lo que concierne a las relaciones, y será un obstáculo que condicionará culturalmente la presencia italiana en la Argentina. Para superar los límites segregativos del dialecto y para comunicar con los otros, italianos incluidos, la lengua será el español, un español rudimentario y aproximado (con residuos dialectales) que alimentará generosamente el lenguaje popular de Buenos Aires. Por más que sean dignas de atención y de mérito, las iniciativas privadas e institucionales de enseñanza de la lengua italiana a los inmigrantes de la Argentina no dejan de suscitar perplejidad – y conflictos con las

---

<sup>4</sup> Sobre el tema véase: María Cristina Cacopardo, José Luis Moreno “Características regionales, demográficas y ocupacionales de la inmigración italiana a la Argentina (1880-1930)” en Fernando Devoto y Fausto Rosoli, *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985, pp. 63-93.

<sup>5</sup> De estos temas me he ocupado en varias publicaciones; en particular véase : Vanni Blengino, *Más allá del Océano. Un proyecto de identidad: la inmigración italiana en la Argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1990 y *La Babele nella pampa. L'emigrante italiano nell'immaginario argentino*, Diabasis, Reggio Emilia, 2005. Todas las citas de los textos de los viajeros italianos pertenecen al cap. 4 de la traducción de Antonio Bonanno de mi libro *Más allá del océano...* al cual remito para mayor información.

instituciones argentinas – como medio de suplir una carencia de educación que tendría que haber sido enfrentada en el propio país.

Las consecuencias negativas de la falta de comunicación lingüística, según Giovanni Graziani, recaen todas sobre los emigrantes: “Los emigrantes nuestros, dirigidos a América, no conocen el italiano: cada uno sabe el dialecto de su región. Un siciliano y un véneto son extraños entre sí”. Los intentos de los emigrantes de comunicarse en lengua italiana con los viajeros, con sus interlocutores cultos, se vuelven a veces embarazosos. Así sucede al barón Odescalchi con un interlocutor inmigrante:

Empezamos hablando italiano, pero mi interlocutor respondía, insertando en el dialecto nativo tantas expresiones españolas que formaba una mezcla extrañísima e incomprensible, de modo que para entendernos me vi obligado a seguir la conversación en español.

Sin embargo aquel enredo lingüístico, el cocoliche, será también la señal de la voluntad de comunicar y de la posibilidad de inventar una especie de lengua franca entre hombres que hablan lenguas diferentes. Las reacciones de los puristas argentinos a estos atentados a la majestad de la lengua son previsibles. Sin embargo, así como no todos los escritores argentinos se escandalizan por la presión que las masas alógenas ejercen sobre la propia lengua, y se disponen a sacar ventaja de otros aspectos, no todos los italianos desprecian el esfuerzo de comunicar a través de este caos lingüístico. Pensemos a la reacción del barón Odescalchi y comparémosla con la de Carlo Emilio Gadda, uno de los más grandes escritores italianos que, veinte años después del barón, está trabajando en la Argentina como ingeniero:

Llevado por el ímpetu o la exaltación repentina en la polémica, él salía con un italiano bizarro, medio platense, medio español: más bien era un enredo de su invención, a veces muy feliz. Nuestra estructura sintáctica florecía continuamente en el léxico de Castilla, también deformado. “*Como el perro me vino incontro – así decía – entonces ho montado sopra la vereda*” (Gadda, 1993, p. 105, traducción y cursivo nuestros)<sup>6</sup>.

### **El embajador proletario**

En nuestro análisis hay una pregunta implícita : ¿por qué el viajero italiano tiene la necesidad de alejarse miles de kilómetros para descubrir una situación social que lo concierne y con la que mantiene un contacto cotidiano? El aluvión inmigratorio italiano representa un mosaico formado por muchos ríos regionales diferentes que convergen en el puerto de Buenos Aires. En el desembarque se invierten paradójicamente las relaciones entre nación y región porque al emigrante se lo identifica como “italiano” justamente cuando está descubriendo la dificultad de comunicación entre las diferentes regiones de la península. A su vez, el viajero que pertenece a la burguesía o a la clase media descubre que los italianos son muy diferentes entre ellos, una constatación colectiva, aunque no todos reaccionan de la misma manera: “El desamor entre los italianos en el extranjero es un fenómeno doloroso, pero innegable. No es

---

<sup>6</sup> Sobre la estadía de Gadda en la Argentina no se sabe mucho; es interesante como reconstrucción narrativa: *Indí* de Enrique M. Butti, Santa Fe, 1993.

solamente a los Estados Unidos que los italianos ofrecen un feo espectáculo: en esa parte de la América ecuatorial que he visitado, no se trata de anarquía, sino de una gangrena diferente: de un individualismo mezquino y vulgar". Así Gemma Ferruggia alude al tema. También Luigi Bertora dei Pedevilla lamenta la falta de solidaridad entre italianos. Ausonio Franzoni es muy explícito al respecto:

Es por nuestra misma culpa y por nuestro mismo ejemplo, también, que el hecho o la suposición de que se pertenezca a una antes que a otra región de Italia, suene para nuestros anfitriones, tal vez menos que para nosotros, como título de escarnio o de desprecio.

Son las miserias regionalistas que Filippo Ugolotti destaca en la colonia italiana de Brasil:

Nuestra debilidad es la ausencia de todo prestigio nuestro, seguimos destruyéndonos en la mezquindad y en las antipatías personales, llevando al extranjero incluso nuestras miserias regionalistas [...].

Las expectativas y las reacciones de los viajeros respecto a la inserción del emigrante en tierra argentina pasan de un extremo a otro. Hay una alternancia de opiniones, desde el optimismo hasta el pesimismo, que revela la complejidad del fenómeno, su variado carácter, pero también la diferencia de puntos de vista, para no decir su confusión, que remite a la falta de un sólido consenso de identidad nacional que sirva como punto de referencia para constituir un "nosotros" italiano equivalente a un "nosotros" francés, inglés o español.

Así Cesarina Lupati escribe:

Cuando se me pregunta qué impresión da Buenos Aires en un primer examen, debo responder: la impresión de no habernos alejado nunca de Italia... Esta ciudad, que se parece un poco a todas nuestras ciudades, y en la que todo exiliado encuentra a una persona que lo comprende y le habla en su lengua, en realidad en su dialecto; esta ciudad que ha adoptado lo mejor de cuanto poseemos; que a cada momento nos presenta un nombre conocido en la firma de una empresa, una figura conocida en los afiches publicitarios [...] nos parece más cercana a Milán, a Turín, a Génova de cuanto lo están ciertas pequeñas ciudades ubicadas del otro lado de los Alpes.

La inserción de los inmigrantes en tierra argentina contribuye a construir la imagen de una gran metrópolis que conserva algo de las tantas y diferentes ciudades italianas. Hay una corriente de verdadero entusiasmo por esta nueva Italia que se va construyendo en la ribera del Plata y numerosos son los testimonios de admiración. A Luciano Ostani el viaje al Río de la Plata le reserva una sorpresa agradable: "Se me presentó el espectáculo consolador de una nueva Italia que prospera floreciente [...]". No se aleja de tal conclusión Giuseppe Boschi que expresa su entusiasmo por la Argentina: "una tierra rica y hospitalaria encierra una nueva Italia". Para Antonio Franceschini se trata de la materialización de un sueño:

Es en América del Sur donde nuestro pueblo de agricultores va formando lentamente una nueva Italia, si bien al costo de dolores, de sufrimientos y de



ilusiones muy largamente ignorados en la madre patria. Y en la América del Sur va formándose esa *Italia austral* que Cristoforo Negri soñaba unida a nosotros, si no por comunidad de cetro, por el vínculo más tenaz y más útil de intereses concordados.

Y Mariano Ferro insiste en el optimismo: “Entonces meta más digna que cualquier otro país es para todos Argentina, en especial para nosotros los italianos, que podemos considerarla nuestra segunda patria [...]”.

Pero el optimismo sin vacilaciones coexiste con el pesimismo sin matices. Así, para Giovanni Bevione: “Los italianos podrían y deberían ser todo en Argentina. Y sin embargo deben sufrir el ridículo orgullo de estos descendientes de españoles e indios”. Se trata para Giovanni Graziani de una subversión de valores entre los verbos *ser* y *tener*:

El mal es éste, que en la lengua de los hijos del país se ha producido una inversión gramatical entre los verbos *ser* y *tener*. Los italianos que trabajan, que son el instrumento original de la producción, tienen el perjuicio de serlo y también las befas; los *hijos del país*, que *tienen* la propiedad de la tierra, que gozan de la buena suerte de leer siempre en su libro mayor la mágica palabra *tener*, devoran los frutos del sudado trabajo de los nuestros.

Esto sucede porque los emigrantes no tienen conciencia de su propia dignidad; una dignidad que no debe entenderse por su pertenencia a una clase sino a una nación: “El culto por la gran Italia, señora en una época, fuerte y temida por tres continentes, hogar de esa civilización que ella irradió luego hacia las naciones modernas”.

Pero ahora estos campesinos se mueven en masa. Y algunos viajeros manifiestan su preocupación. Los juicios más severos sobre el espectáculo que ofrecen los emigrantes italianos son los de un político que visita Brasil, Ferruccio Macola:

Cuando pienso que los más corruptos de entre estos miserables terminarán más tarde en los suburbios de las capitales de las dos Américas, y andarán con sus niños demacrados por las calles de ciudades y de pueblos, tañendo guitarras [...]

El sur representa entonces el flanco débil de nuestra emigración, con mayor razón si se piensa:

[...] en esos pequeños napolitanos, esos calabreses, abruceses encorvados sobre el polvo de las calles lustrando los zapatos de cualquier canalla negro, desde hace poco autorizado a calzar botas [...].

Se puede entender la reacción negativa de Macola si se piensa en el rol que según él la emigración tendría que asumir:

Nosotros no tenemos derecho al nombre de gran nación, no tenemos derecho al orgullo de los pueblos civilizados, si los nuestros que llegan al exterior hacen ver con la miseria de su persona que Italia es la China de la vieja Europa, no la tierra de un pueblo que desciende de los dominadores del mundo.

De modo que no se puede rechazar la emigración ya que es un mal inevitable, pero ésta debe ser protegida, organizada mejor

no sólo con fines humanitarios, sino desarrollada con fines políticos y económicos, ya que la emigración debe considerarse como vanguardia de futuras colonias, casi exclusivamente italianas.

Podríamos continuar con estos altibajos de impresiones respecto de la inserción de los inmigrantes que van de un extremo a otro de la desilusión al entusiasmo. Pero lo que nos interesa subrayar una vez más no es el hecho de que se registren opiniones contrastantes sino más bien lo que ellas revelan: que el descontento o la satisfacción en relación a la inserción de estos inmigrantes por parte del viajero se mide a través de los propios objetivos y de las propias expectativas que carecen de un sólido punto de referencia nacional.

La presencia del inmigrante en cuanto sujeto masivo no sólo ofrece emociones fuertes al viajero que asiste al “espectáculo” (palabra recurrente) de sus hazañas o de sus fracasos sobre el escenario argentino, sino que el punto crítico es justamente el hecho de que el mismo viajero termina implicado en esa representación. En realidad no se esperaba que el espectador fuese obligado o en cuanto tal incluido, aunque en forma solapada, en el drama o la comedia que estos trabajadores, y entre ellos muchos miserables y analfabetos, representan. Pero la implicación emotiva es inevitable en cuanto se juega el propio prestigio nacional. Porque de esto se trata, del hecho de que se juzga a la joven nación o al glorioso pueblo de héroes a través de estos proletarios. Mientras que el concepto que se tiene de los ingleses, los franceses, los españoles es preexistente – prescinde de su inmigración – los italianos, inclusive los burgueses, sienten que su prestigio depende de estos ciudadanos proletarios.

Este sujeto, designado con un término ambiguo (e/in/migrante), lo quiera o no, es responsable del prestigio del presente de su propio país. Existe una notable analogía en este sentido con lo que sucede en la ficción literaria: el inmigrante en la Argentina, en particular el inmigrante italiano, se vuelve un sujeto polimórfico sobre el cual los escritores argentinos construyen previsiones acerca de su propio país. La literatura argentina de aquellos años, desde la novela al teatro, consagra al hijo argentino del inmigrante como depositario del futuro (en el bien o en el mal) de la Argentina. Curiosa suerte la de esta masa de hombres que llevando un proyecto completamente individual desembarca con la ilusión de mejorar con el trabajo su propia condición económica, a la que se le termina atribuyendo una inmensa y doble responsabilidad: la del prestigio del presente italiano y del futuro argentino.

### **Vistos de cerca los campesinos son feos**

Decíamos que el sentimiento común del viajero italiano es la “sorpresa” ante el “espectáculo” que ofrecen los propios compatriotas, y como hemos visto, y también como sucede en la literatura argentina, esa misma “representación” no desalienta interpretaciones diferentes y a veces contrastantes. Citemos un pasaje de una carta del mayor narrador italiano de fines de siglo, el siciliano Giovanni Verga, quien consciente de la compleja relación con estos sujetos escribe:

A propósito (del tiempo), aquí tenemos un tiempo espléndido (lo veo desde la ventana) que sin duda la haría enamorar del aire dulce y apacible y de la vida contemplativa del mundo campesino; de los campesinos no, porque a éstos se los debe mirar desde lejos, y a través de ciertas lentes, para que no se caiga el alma y las ilusiones a los pies (Rosa, 2007, p. 258, traducción nuestra).

Estos son campesinos que no se miran a través del filtro de la literatura. Verga vuelve a proponer un mecanismo de articulación entre distancia y proximidad con el "otro" que es muy familiar en la historia de los países americanos de la segunda mitad del siglo XIX. El otro, el marginal, es bello visto desde lejos pero feo visto de cerca. Así ocurría con los indios durante la conquista del desierto, eran hermosos vistos desde lejos con sus malones cabalgando en la pampa, de cerca eran feos, sucios y hediondos. Esos campesinos concretos que no son vistos a través de una laboriosa gestación literaria como en el caso de Verga, hacen "caer el alma a los pies" y también las ilusiones. Por otra parte, en la otra orilla, en territorio americano, se propaga en el ensayo y en la obra literaria de algunos escritores y políticos la desilusión ante el inmigrante real, el inmigrante concreto que no es el inmigrante "esperado" teorizado por Sarmiento y Alberdi.

Sin embargo, hay quien corre el riesgo de acercarse, y acepta el desafío de describir al campesino, al pescador y al proletario emigrante. Edmundo De Amicis había entendido que el viaje del emigrante era algo más que el embarque y el desembarque. Tan es así que en su libro *Sobre el océano* el embarque puede hacer de prólogo y el desembarque de epílogo, mientras que el viaje constituye el núcleo de la narración. Y es precisamente en aquella suspensión de identidad (entre e/migrante e in/migrante) entre tradición atávica y futuro incierto, en aquella pausa que presagia malestares, fatigas y dificultades de comunicación que el escritor desea investigar. La nave, con el transcurso de los días, se le presenta como un microcosmos de la sociedad italiana en la que aristócratas, burgueses, clase media, proletarios y campesinos viajan todos juntos aunque apenas se rocen, representando un ejemplo tangible y a veces dramático de la Italia que desde hace pocos años logró la unidad. Los objetivos de estos viajeros no podrían ser más diferentes: los primeros saben perfectamente lo que buscan en el país de destino, pueden decidir el período de permanencia, poseen una lengua común e identidad; los otros no saben cuándo volverán y no saben comunicar entre ellos. La jerarquía social de las clases se acentúa, el burgués reencuentra el propio locus en la comodidad de la cabina, en el salón de primera clase donde encuentra a sus pares, luce ropa elegante y, cuando puede, entabla conversaciones brillantes, la nave es para él un lugar internacional donde se come bien.

Lo testimonia el profesor Angelo De Gubernatis que visita la Argentina donde realizará un ciclo de conferencias:

Colación: sopa a la real; *caponata*, pollo; pescado a la parrilla; riñones trufados; costilla de ternera con papas fritas; *Dessert*; café. Almuerzo: ravioles al jugo; antipasto; ternera primavera; galantita belvedere; espárragos al natural; pavo asado con ensalada con vino Barolo; dulce: gateau a la italiana, con vino champagne nacional; *Dessert*: helados, café.

El profesor está satisfecho del menú pero no se abstiene de una conclusión crítica: "[...] el trato que se da a los pasajeros a bordo de nuestras

grandes naves mercantiles no es, por entonces mezquino”, pero “el vino ordinario de mesa deja que desear”.

El burgués reconoce el propio ámbito en un pequeño mundo que exalta sus símbolos, desde la mesa puesta a los uniformes de los camareros y los bailes, mientras que descubre la pobreza y la miseria que lo rodea en su propia patria, y en el nuevo contexto termina por hacer resaltar su propia superioridad. En la tercera clase del barco la miseria es más evidente que en la patria, los pasajeros no tienen jergón ni techo como en sus casas, comen mal y están amontonados y expuestos a la mirada de los otros; los campesinos lejos de sus propias raíces han perdido definitivamente la fascinación del “paisaje campesino”.

El viaje de De Amicis no se mide por millas en la travesía del océano desde Génova hasta la Argentina, sino por metros en la distancia que separa la primera clase de la tercera donde el escritor deberá enfrentar “sin filtros” a los campesinos concretos que inquietaban a Verga. Durante una semana De Amicis observa, desde la primera clase, el espectáculo de la tercera, para decidirse luego a aproximarse al escenario:

Entre la multitud densa y negra se veían pasar largos gorros azules de aldeanos, sobres verdes de mujeres calabresas, anchos sombreros de fieltro de campesinos de la alta Italia, cofias de montañeses, papalinas rojas, *italianelli*, coronas de alfileres de aldeanas de la Brianza, y cabezas blancas de viejos y negras cabelleras salvajes y una variedad admirable de rostros cansados, tristes, risueños, atónitos, siniestros; muchos de los cuales hacían creer que era verdad que la emigración se lleva fuera del país los gérmenes de muchos delitos.

Los pasajeros ofrecen por lo tanto un muestrario de todo tipo de humanidad proletaria y marginal; algunos personajes son cómicos, pero otros dramáticos: “Pero si algo puede hacer sonreír, el espectáculo todo junto estruja el alma”.

La demora en descender a la tercera clase enriquece la espera, crea cierto suspenso en la narración:

Era la hora de la limpieza, la proa atestada, el cielo claro: todo parecía propicio. Pero no tardé en darme cuenta de que la empresa era menos fácil de cuanto preveía. Mientras pasaba entre la gente sentada, cuidando de no pisarle los pies a ninguno, oí decir a mis espaldas: ¡Paso a los señores! y, dándome vuelta, encontré la mirada de un campesino, el cual me miró con un aire que confirmaba osadamente el sentido sarcástico de la exclamación. Un poco más adelante, habiendo tendido la mano para acariciar a un niño, su madre lo atrajo hacia ella de mala manera, sin mirarme.

¡Qué afrenta para el escritor más amado de Italia! Un niño sustraído a la caricia del maestro de los buenos sentimientos, al autor de *Corazón* (“no puedo decir la pena que experimenté”).

Yo no había pensado en el estado de ánimo en que era natural que se encontrara mucha de aquella gente, mientras se agitaban aún en ellos los recuerdos de la vida intolerable, para cortar los cuales habían decidido dejar la patria, encendido aun el resentimiento contra aquella diversificada falange de propietarios, exactores, administradores, abogados, autoridades, designados por ellos con el nombre genérico de señores, a los que creían conjurados todos

en contra de ellos y autores primeros de su miseria. Para ellos, yo era un representante de esa clase.

Aquellos proletarios campesinos ignoran al individuo De Amicis, ven en él sólo a un burgués, un representante de la clase dirigente a la cual atribuyen la responsabilidad de sus éxodos. Cuando se dirige a proa otros sarcasmos lo persiguen “*Già, vegnen chi al teater. Ese vegnen era para mí, naturalmente*”.

No creemos que sea temerario considerar éste, un episodio clave para todo el desenvolvimiento sucesivo no sólo de su libro *Sull'Oceano*, sino también del pensamiento político de De Amicis sobre el socialismo. En este episodio, que De Amicis destaca con mucho pathos, da un vuelco otra vez la situación del espectador/espectáculo, pero en este caso por obra de los mismos protagonistas pasivos, los inmigrantes. Los indios y los campesinos eran hermosos vistos desde lejos, desde la distancia. De cerca, eran feos. Pero los indios no hablaban, y si hablaban, sus palabras rebotaban en los espectadores blancos como sonidos sin sentido o como mucho, onomatopéyicos. No sucede lo mismo con el inmigrante que a fin de cuentas pertenece a la misma cultura del observador. Aquí es el inmigrante quien desenmascara al pasajero de primera clase que venía a gozar del espectáculo; no ajustándose al propio rol, interrumpe brutalmente el espectáculo y así es el observador el que se vuelve a su vez observado. De Amicis reacciona irritado, pero luego entiende. “¡Pobre buena gente! ¡Al fin son nuestros! ¡Qué no se daría por verlos contentos! ¡Como sería bello ser amado por ellos!”. Y en otros momentos en el bochorno del cielo cerrado: “¡Qué clase de malos bichos! ¡Pensar que si pudiesen nos harían morir a todos perpendicularmente!”. De Amicis no habla sólo de ellos, sino de sí mismo.

Este primer impacto con los emigrantes no es por cierto halagüeño para el escritor. Su escala de valores morales, tan consolidada, donde cada acción es fácilmente clasificable en un orden en el cual el bien y mal están nítidamente subdivididos en jerarquías rígidas, no le es de ninguna ayuda. El amor por la patria y por la condición de italiano constituye un meta-valor que implica y condiciona a la vez sus principios éticos; su crisis es fundamentalmente una crisis de identidad en tanto italiano. Sería mejor ser francés o inglés, poder recorrer el mundo escribiendo en santa paz, pertenecer a una prestigiosa comunidad nacional: “Experimentaba una sensación de amarga envidia por todos los que pueden recorrer el mundo sin hallar en cada parte miseria y dolor de la propia sangre”.

### **Ya no son los mismos**

En una de las colonias de agricultores de Santa Fe volvemos a encontrar a De Amicis. Aunque hayan pasado apenas pocos días, la incomodidad del viaje, el malestar de asistir al desembarque de los emigrantes parece ya un recuerdo lejano. Ahora, en calidad de sereno cronista de sus experiencias argentinas, el escritor se muestra más optimista, como si hubiese borrado de la memoria las tristes imágenes del viaje, el humillante espectáculo del desembarque. En *In America* transcribe sus nuevas experiencias en la pampa con los colonos. Ya no son los campesinos desarraigados que llenaban la tercera clase los que De Amicis encuentra en la pampa de Santa Fe. Ya no son el componente estático de un paisaje secular, ya no se parecen a los resentidos

pasajeros que se rebelaban a su mirada. Y sin embargo son los mismos emigrantes, pero ahora cultivan “su” tierra y están construyendo con el trabajo, “su” paisaje:

Yo ya no reconocía más en ellos a los campesinos piemonteses. Es una transformación sorprendente. Las ropas, los rostros, seguían siendo aquellos, pero todo el resto había cambiado. Los rostros mismos tenían un no sé qué de más abierto y más simpático, los modos no sé qué de más sueltos y de más cordiales. Parecía que, rota la envoltura que los tenía comprimidos, hubiesen tenido un inesperado desarrollo todas sus facultades del intelecto y del ánimo.

Lejos de esa colmena humana confusa y caótica donde la miseria alimentaba el resentimiento, la “envoltura”, justamente el cuerpo humano como un contenedor de posibilidades, ahora se transforma al contacto con la tierra.

El escritor ya no rechaza la imagen de Italia en el extranjero condicionada por la presencia de un proletariado miserable, pero tampoco se identifica con los que exaltan la creatividad del trabajo italiano como el joven Luigi Einaudi: “Argentina sería aún un desierto, sus ciudades una mezcla de paja y de fango sin el trabajo perseverante, sin la audacia colonizadora, sin el espíritu emprendedor de los italianos”.

La sorpresa de De Amicis no excluye las virtudes individuales de estos campesinos y proletarios, pero al mismo tiempo exalta las posibilidades que ofrece la Argentina en cuanto permite a aquella “envoltura” humana expresar sus posibilidades de hombre en el trabajo y en el progreso. En este caso encontramos, como ya habíamos tenido la ocasión de constatar, una coincidencia con muchos observadores argentinos, a pesar de que el recorrido sea en dirección opuesta.

Así describe Sarmiento la evolución de los emigrantes en *La condición del extranjero en América*:

Se lo ve, al desembarcar, atravesar las calles en silencio, casi siempre por el medio, el traje gris de domingo es grotesco y vulgar, si es el de todos los días, revela una humilísima procedencia... En Buenos Aires se opera la transformación del emigrante oscuro, encorvado al llegar, vestido de labriego o peor, azorado de verse en grandes ciudades, primero en hombre que siente su valor, después en francés, italiano, español, según su procedencia, y en seguida en extranjero, como un título y una dignidad [...] (Sarmiento, 1953, p. 112).

Y tenemos acá una conversación entre dos argentinos que en un boceto de Fray Mocho asisten al desembarque:

Fíjese, amigo [...] pero hagasé el que no mira, para que no cocean... Ha de ser triste la llegada a tierra extraña y sentir que lo están filiendo, ¿no?... ¿Y de dónde vendrán todos estos? Parecen italianos por la cachorrada y los paraguas... ¿Ha visto? Un italiano podrá llegar sin saco u tal vez sin sombrero, pero de fijo traí su piragüita abajo el brazo... A la cuenta creen que aquí vivimos sino mojados y se vienen desprevenidos.

Y como conclusión:

Y decir, amigo, que nosotros los criollos que nos creemos tan vivos y tan civilizados no vamos sino reculando, ¿no? ¡Por que, mire, cada barco d’etos que llega al puerto traí de todo: ahí vienen maridos pa las hijas de familias ricas, patronos para las casas de comercio, estancieros que no sabrán lo qu’es un

pingo pero harán galopar a la pionada, y sin fin de pajarracos desplumaos que pronto se pondrán desconocidos [...]! (Fray Mocho, 1954).

Estamos de frente a otra semantización del cuerpo del e/in/migrante campesino. Si tratamos de establecer una jerarquía en el orden abierto en esta exposición, encontramos una cadena de significantes: elemento estático del paisaje - bello desde lejos y feo de cerca – embajador proletario del propio país – responsable del futuro argentino – potencial contenedor de roles y funciones diferentes. Su transformismo, el “fregolismo”, se adecua al dinamismo americano que contrasta con el estatismo del mundo del campesino europeo. Sin embargo, el campesino que obtiene la tierra para trabajar, persiguiendo el sueño de “hacer la América”, transforma a su vez el paisaje americano al cual le imprime su propio sello personal. No es casual que Dino Campana, uno de los más grandes poetas italianos que visita la Argentina, quede deslumbrado por la llanura. Tal vez su descripción de la pampa como un contenedor de esperanzas en un mundo nuevo, pueda ser un homenaje a las ilusiones de los campesinos renacidos:

La luce delle stelle ora impassibili era più misteriosa sulla terra infinitamente deserta: una più vasta patria il destino ci aveva dato: un più dolce calor naturale era nel mistero della terra selvaggia e buona. Ora assopito seguivo degli echi di un'emozione meravigliosa, echi di vibrazioni sempre più lontane: fin che pure cogli echi l'emozione meravigliosa si spense. E allora fu che nel mio intorpidimento finale io sentii con delizia l'uomo nuovo nascere: l'uomo nascere riconciliato colla natura ineffabilmente dolce e terribile: deliziosamente e orgogliosamente succhi vitali nascere alle profondità dell'essere: fluire dalle profondità della terra: il cielo come la terra in alto, misterioso, puro, deserto dall'ombra, infinito. Mi ero alzato. Sotto le stelle impassibili, sulla terra infinitamente deserta e misteriosa, dalla sua tenda l'uomo libero tendeva le braccia al cielo infinito non deturpato dall'ombra di Nessun Dio (Campana, 1989, p. 86).

### Bibliografía

- BIETOLETTI, Silvestra. *I Macchiaioli. La storia, gli artisti, le opere*. Firenze, Giunti, 2001.
- BLENGINO, Vanni. *Il viaggio di Sarmiento in Italia. Analogie, utopie, polemiche*. Roma, Edizioni Associate, 1996.
- BLENGINO, Vanni. *La Babele nella pampa. L'emigrante italiano nell'immaginario argentino*. Reggio Emilia, Diabasis, 2005.
- BLENGINO, Vanni. *Más allá del Océano. Un proyecto de identidad: la inmigración italiana en la Argentina*. Buenos Aires, CEAL, 1990.
- CACOPARDO María Cristina - José Luis MORENO. “Características regionales, demográficas y ocupacionales de la inmigración italiana a la Argentina (1880-1930)” en Fernando DEVOTO y Fausto ROSOLI, *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985.
- CAMPANA, Dino. *Canti Orfici*. Milano, Rizzoli, 1989.
- EBÉLOT, Alfred. *Relatos de la frontera*. Buenos Aires, Solar –Hachette, 1968.
- FRAY MOCHO, “La bienvenida” en ID., *Obras Completas*, Buenos Aires, Shapiro, 1954.

- GADDA, Carlo Emilio. *Le meraviglie d'Italia*. Milano, Garzanti, 1993.
- GRAMSCI, Antonio. *Sul Risorgimento*. Roma, Editori Riuniti, 1959.
- INSOLERA, Italo. "L'urbanistica" en AA.VV. *Storia d'Italia* (5/I). I Documenti, Torino, Einaudi, 1973.
- MARTEL, Julián. *La bolsa*. Buenos Aires, Astrada, 1946.
- PRIETO, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*. Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- ROSA, Alberto Asor. *Letteratura italiana*. Torino, Einaudi, 2007 [Vol. XIII].
- SARMIENTO, Domingo Faustino. *La condición del extranjero en América*. Buenos Aires, Luz del día, 1953.
- SARMIENTO, Domingo Faustino. *Viajes*, Madrid, Colección Archivos, 1993. [edición a cargo de Javier Fernández].